

movimiento súbito del alma, se descorre el velo, queda uno atónito, deslumbrado. Pero lo más gracioso y extraño es que sus cabellos son de un castaño claro, sus cejas casi pardas y sus largas pestañas rizadas negras como el azabache. Todo esto da á esa fisonomía tan regular un aspecto rarísimo á que no me acostumbro jamás: siempre es nueva á mis ojos.

19 de Julio.

Admiro su postura en la mesa. Sentado en frente de mí, parece que no me ve, en tanto que yo, el grave Gilberto, no sé á veces qué hacer de mis ojos; pero el otro día atravesó el comedor con paso tan precipitado y ligero, que el conde le miró de reojo. Es necesario advertirle que se reprima un poco más. También me causa inquietud que durante nuestras entrevistas nocturnas, levanta con frecuencia la voz, remueve los muebles, y recorre atolondrado el aposento, pero me asegura que no hay nada que temer. Las paredes son gruesas, y la habitación que hay al pié de la escalera está separada del corredor por una pared de mampostería que ahoga los sonidos. Y además, la alcoba, el vestibulo, y las dos macizas puertas de encina! Estas dos puertas no se cierran nunca con llave. «Iván, me ha dicho, está muy lejos de abrigar la menor sospecha; la única cosa que pudiera despertar su desconfianza sería el exceso de precauciones. Y por otra parte, ha añadido, gracias á Dios, ya empieza á envejecer, su espíritu se embota, y es más crédulo que antes. Así, le he persuadido, sin dificultad, de que en mi vida os perdonaré la muerte de mi perro. Además, se va poniendo sordo y duerme como un leño. Á veces, para molestarle en su sueño, complaciame en hacer ladrar á Voraz; pero mi estratagema era infructuosa. El único ruido que nunca deja de oír, es el campanillazo de mi padre. Concedo también que si álguien llamase á su maldita puerta de encina... ¡ah! ¡qué sobresal-

tado despertaría! Y es que esa puerta es su propiedad, su cosa, su idea fija; tiene un modo de mirarla que significa: «¿Veis esa puerta? ¡es mía!» Á sus ojos, lo más bello del mundo, es una puerta cerrada. Así, á esa horrible puerta, á esa infame puerta, la quiere, le sonríe, cuenta sus clavos y se los come á besos.»

—¿Decís que después de las nueve dadas, Iván no sube nunca?—pregunté á Esteban.

—Jamás. ¡Ya quisiera yo que se atreviese!—exclamó irguiendo la cabeza, con aire indignado.

—Ya veis que es un carcelero capaz de guardar miramientos. Concibo que no le améis mucho; pero al fin y al cabo, guardándoos bajo llave, no hace más que ejecutar las órdenes que ha recibido.

—Y por mi parte os digo que se complace en hacerme sufrir. Ese malvado no ha hecho en su vida más que una buena acción; salvaros del furor de Voraz. En gracia á su buena acción no le he dicho más lo que pienso de él, aun cuando no haya modificado mi parecer y encuentro muy extraño que me suplicarais que le amase.

—Entendámonos; no os suplico que le queráis, pero sí que creáis que en el fondo os quiere...

Al oír estas palabras se enfureció de tal manera que me apresuré á cambiar de conversación.

—¿No echáis de menos á Voraz alguna vez?

—Le había encargado que me guardase de los hechiceros; pero desde que soy amigo de uno de ellos ya no me causan miedo...

Á lo que añadí, con más gravedad:

—Soy supersticioso, creo en los espíritus, pero les desafío á que, en lo sucesivo, se acerquen á mi cama. Me basta evocar la imagen del hombre del sobretodo...

Se ruborizó y no terminó la frase. ¡Pobre joven! el doloroso misterio de su destino, lejos de abatir su imaginación, le exalta y embriaga, y no me admiro de que acomode la amistad al giro romancesco de sus pensamientos...

—Os equivocáis—le he dicho—no es mi imagen, es la botánica la que os guarda de los espíritus. No hay remedio mejor contra los vanos terrores, que el estudio de la naturaleza.

—¡Siempre pedante!—exclamó, tirándome su gorra á la cara.

22 de Julio.

Á veces se desborda en torrentes de palabras; lo cual no me sorprende. ¡Hacia tantos años que callaba! ¿Cómo ha podido soportar un silencio tan prolongado? Su flexibilidad le ha salvado. Por apasionado que sea, su alma es como una de esas telas que dan mucho de sí.

23 de Julio.

Vladimiro Paulitch compareció ayer al terminar la comida. La presencia de ese hombre me produce un invencible malestar. Es frío como el hielo,... y además su tono dogmático, su cortés y despreciativa sonrisa... Siempre sabe, de antemano, lo que vais á decirle, os escucha por consideración... Ese Vladimiro tiene la intolerancia irónica de los materialistas. Por lo demás podrá ser, tal vez, hombre muy honrado, pero ¿por qué razón se hizo delator de la pobre Olga? No le creo capaz del fanatismo de la amistad. En cuanto á su habilidad como médico, no admite la menor duda. El conde se ha restablecido por completo; está mejor de lo que nunca le he visto. ¡Qué vigor! qué lucidez de imaginación! Lo que me confunde, es que en nuestras conferencias, llego, al cabo de una hora, á no ver en él más que al historiador, al hombre superior, al erudito; olvido enteramente al hombre de los borceguíes, al sonámbulo, al perseguidor de mi Esteban, y me entrego sin reserva al encanto de su conversación... ¡Oh literatos! literatos!

26 de julio.

Ayer Esteban me decía:

—Lo que por intervalos me induce á confiar en más venturoso porvenir, es que descubro una especie de encadenamiento en cuanto me sucede de tres meses á esta parte. Un día cometí la locura y tuve la dicha de burlar la vigilancia de Iván; bajé á la cuadra, ensillé mi caballo y me fui á correr solo por los campos. Apenas me ví en libertad, concebí el proyecto de alejarme, para no volver; pero no basta proyectar, es necesario querer. Yo quería y no quería, fluctuaba entre el deseo y el temor, y tan pronto espoleaba á mi caballo como le refrenaba bruscamente. Al fin hube de reconocer que por mucho que fuera mi deseo de fugarme, me faltaba el valor; y presa el alma de punzante disgusto, emprendí, con la cabeza baja, el camino que debía conducirme de nuevo á mi prisión. Andando, andando, encontré á un palurdo que me miró con aire burlón, y dejándome llevar de mi mal humor le crucé la cara con el látigo. Á corta distancia, queriendo dar de beber á mi caballo, divisé á un quídam sentado junto la fuente donde deseaba detenerme, y ya sabéis cómo descargué mi bilis y mi despecho contra aquel importuno. Sin duda alguna, fui injusto, brutal, pérfido; pero no me pesa, porque en fin, si la primera vez que os ví no hubiese hecho saltar vuestro sombrero á una zanja, no os hubiérais irritado contra mí, no os hubiérais ocupado de mi persona, no hubiérais adivinado mi situación, no os hubiérais compadecido, y no habríais salvado de manos de los filisteos mi hermosa clavellina; si, por necia equivocación, no hubiese sospechado que queríais apropiaros la mencionada clavellina, ese bendito Fritz tampoco os hubiera insultado por mi orden, y por consecuencia no se me habría obligado á pedir os perdón; sin esta humillación, no me hubiera decidido tan pronto á matarme; si yo no

hubiese intentado morir á vuestros ojos, no hubiérais formado el proyecto de salvarme de la desesperación, no hubiérais venido á encontrarme al terraplén, no hubiérais arrancado el guante de la boca de Voraz, y á su vez éste tampoco habría sido sacrificado. Luégo, si Voraz viviese todavía, no hubiérais podido venir aquí, ni estaríamos ocupados en este momento en mirarnos, en hablarnos, discuriendo sobre las plantas, sobre los héroes, sobre los santos, sobre ti, sobre mí, y para terminar de una vez mi razonamiento, aún ignoraría lo que es la felicidad.

—Eso—le dije—es raciocinar á la manera del padre Alejo.

Mi calificación le ha ofendido bastante y me ha dado tres cachetes.

27 de julio.

Me decía:

—No poseo todavía la felicidad; pero me parece por momentos que la veo, que la toco...

28 de julio.

Hoy ha vuelto á presentarse, á los postres, el doctor Vladimiro. Me ha dirigido algunas pullas. Sospecho que no soy de su agrado. ¿Llegaría á tanto su afecto por el conde que le inspiraran celos la estimación y amistad con que me distingue? Hemos hablado de filosofía. Se ha esforzado en probar que todo es materia. Le he herido en lo vivo, al hacerle presente que todos sus argumentos son repetición de los de Holbach. He procurado demostrarle que la materia en sí misma es espiritualista, y que hasta las piedras creen en el espíritu. En lugar de contestarme, no ha hecho más que disparatar. Por lo demás, hablaba bien, es decir, expresaba con finura ideas groseras. Lo que le falta sobre todo, es la jovialidad. Predomina en

su espíritu la melancolía; sus ideas son de color de plomo. El conde, por buen gusto, ha encontrado que se obstinaba demasiado, sin contar con que Kostia Petrovitch detesta lo absoluto, así en la negativa como en la afirmativa. Me ha dado gracias con una sonrisa, cuando le he dicho al doctor para terminar el debate:

—¡Caballero, no cabe emplear más ingenio y alma para negar su existencia!

Y el conde ha añadido, aludiendo á la delgadez del personaje:

—Querido Vladimiro, ¿si negáis el alma, qué nos quedará de vos...?

30 de julio.

Ayer, con gran pesar mío, le encontré anegado en llanto.

—Esta noche, amigo mío—me ha dicho—dejaremos á un lado la botánica, porque me es imposible hablaros de otra cosa que de mí.

La noche precedente había tenido un sueño que le agitó profundamente. Atravesaba el corredor; de pronto, sintió posarse una mano encima de su hombro y tirar suavemente de uno de sus rizos; se vuelve y reconoce á su padre que le mira sonriendo... Ha despertado dando un grito. ¡Ay! ¡No era más que un sueño!

—¡Ah! ¡si le hubiérais visto sonreír!—añadió;—parecía que el corredor se iluminaba...

¡Adiós botánica! Hemos estado hablando de su visión y de todas las reflexiones que su recuerdo le sugería. Lo mejor de tan larga y triste plática ha sido convencerme de que no devuelve á su padre odio por odio. Detesta cordialmente á Iván, desprecia al padre Alejo, cuyos nobles y gloriosos padecimientos ignora y á quien considera, sin rebozo, como á un impertérrito gorrón. Y como Iván y el padre Alejo representan, á sus ojos, las dos terceras par-

tes de la humanidad, siente poquísima ternura por el *humanum pecus*. En cuanto á su tirano ni le odia, ni le desprecia, sólo siente en su presencia ese espanto mezclado de sorpresa y horror que inspiran los grandes desórdenes de la naturaleza... Por tanto, si mañana ese padre le abriera los brazos, se precipitará en ellos gritando:

«Padre desnaturalizado, habéis estado loco durante ocho años. ¡Gran Dios! ¡no dejéis que se oscurezca más vuestra razón!»

—Nada me importa que ese amo inexorable me castigue con tal de que me revele su secreto. No hay maltrato de ninguna especie que yo no prefiera á su silencio. Cuando estábamos en la Martinica, tenía algunas veces accesos violentos que me ponían los pelos de punta: hubiera querido hundirme en el seno de la tierra, temía que me destrozase; pero á lo menos se ocupaba de mí, me miraba, yo existía para él, y á pesar de los sustos que sufría, me sentía menos desdichado que hoy. Y no creáis que sea mi cautiverio lo que más me aflige. No hay duda que á mi edad es muy duro y humillante verme con guardas de vista y encerrado bajo llave; pero me resignaría más facilmente, si fuera mi padre mismo quien abriera y cerrara el postigo. ¡Ay de mí! soy tan poca cosa á sus ojos, que encarga á un siervo el cuidado de tiranizarme. Y luégo, durante los cortos instantes en que se toma la molestia de sopor-tar mi presencia ¡qué frente tan severa! ¡qué ceño! ¡qué silencio mortal! ¡Durante un año no me ha hablado sino dos veces, y ya sabéis en qué circunstancias! Más todavía: nunca ha puesto los piés en esta torre, ni tampoco ha tenido jamás la curiosidad de saber cómo está hecha mi prisión. ¡No puede ignorar que mi alojamiento da á un precipicio; pues bien! sabe que un día se apoderó de mí la idea del suicidio y sin embargo ni se ha acordado de poner una reja en la ventana.

—Porque no ha tomado vuestra tentativa por lo serio.

—Si es así ¡cuánto me desprecia!...

Le he recordado que su padre está enfermo, que se ve acometido de crisis nerviosas que introducen el desorden en las organizaciones más robustas, que el doctor Vladimiro salía garante de su curación, que una vez restablecido cambiaría su humor y que entonces habría llegado el momento de sitiar aquella plaza que era entonces casi inexpugnable...

«Entre tanto, es menester no precipitar los acontecimientos, le he dicho; ¡valor y paciencia!»

Tan feliz he estado en la controversia, que ha acabado por dominar su abatimiento. Cuando veo que atiende á mis razones, que cede á ellas, me dan tentaciones de abrazarle; pero es un placer que me niego á mí mismo. Sé por experiencia lo que cuesta...

Poco después, no sé con qué objeto, me ha hablado de su hermana muerta en la Martinica.

«¿Por qué la arrebató el cielo á mi ternura?»

—¡Ah!—le he contestado;—¡la pobrecilla no hubiera podido soportar la vida á que os veis condenado!

—¿Por qué?

—Porque hubiera sufrido diez veces más que vos. Calculad: ¡los nervios, y un corazón de mujer!...

Me ha mirado de un modo singular; por lo visto, no concebía que se pudiese sufrir más que él. Después, me ha hablado extensamente de las mujeres, que son para él, según dice, un misterio impenetrable, y me repetía con insistencia:

«¿Verdad que no las despreciáis, como él?»

—¡Me guardaré de hacerlo; me acuerdo que he tenido una madre!

—¿Y es esa la única razón?

—Algún día os diré las otras.

Cuando me retiraba, me ha cogido impetuosamente del brazo diciéndome:

—¿Podrías jurarme que seríais menos dichoso, si no me hubierais conocido?

--¡ Lo juro !...  
Su rostro se ha iluminado y sus ojos centelleaban de satisfacción.

7 de Agosto.

¡ La savia sube, subel !... Cielos y tierra ¡ benditos seáis !

8 de Agosto.

Tú también te metamorfoseas, amigo Gilberto; te rejuveneces á ojos vistas. Ha entrado en ti un espíritu nuevo, tu sangre circula con más libertad, llevas la cabeza más erguida, tu andar es más vivo, tus ojos brillan más, en tus pulmones penetra mayor volumen de aire, sientes fermentar en tu corazón una especie de levadura celestial... Amigo mío, has salido de tu larga inutilidad... ¡ Engendrar un alma ! ¡ oh ! ¡ qué gloriosa tarea ! ¡ Dios bendiga á la madre y la hija !

9 de Agosto.

Lo que más dolorosamente asombra á Esteban es la amistad que su padre me profesa.

«¿ Tiene la facultad de amar, y no me ama ? ¡ Eso significa que soy aborrecible !»

¡ Pobre inocente !... Ciertamente es que á pesar suyo el conde ha llegado á quererme. El buen padre Alejo me decía, la otra tarde :

« Hijo mío, sois un hombre hábil; habéis hechizado á Kostia Petrovitch, os profesa un cariño que jamás ha manifestado por nadie.»

Bien mirado, se comprende; y tiene muchas razones para amarme un poco. Primera: que le soy muy útil; segunda: que me acomodo á su manera de vivir, tanto más cuanto que no sabe, y espero que nunca sabrá... tercera:

tengo discernimiento y juicio crítico, y esto hace que me perdone mi idealismo, mis titeres y lo que él llama mis *linternas*; cuarta: tengo en mi espíritu una inclinación espinosista que le agrada: *non flere, non indignare, sed intelligere*; quinta, sexta y séptima: que los dos llevamos á Bizancio en nuestro corazón. ¡ Oh ! ¡ basta y sobra para ligar dos hombres á muerte y á vida !...

Esteban, amado niño, hijo del alma, no te irrites contra esta amistad que te asombra; algún día será nuestra áncora de salvación.

11 de Agosto.

El armario de los libros está siempre cerrado; y Esteban quiere hacerme creer que ha arrojado la llave por la ventana; pero ¿ para qué necesitamos los libros ? Las plantas ocuparán su lugar. Su herbario pintado se enriquece de día en día. Cuenta ya en él veinte especies y cinco familias. Ayer se distrajo hasta el extremo de contemplar su obra con aire de orgullo satisfecho... ¡ Qué feliz me sentí en aquel momento ! No obstante, oculté mi alegría. Lo que también me ha satisfecho es que se ha decidido á escribir de memoria los nombres de las plantas en francés, italiano y latín, al pié de cada página. « Es una concesión que otorgo al pedante, » me ha dicho; lo cual no impide que esté orgulloso de haber escrito sin equivocarse los cuarenta nombres. Recientemente le he llevado ranúnculos y anémonas. Ha tomado en la mano la celidonia exclamando :

— Dejadme hacer; voy á contaros la historia de esa joven y amarillenta persona.

Y me ha detallado todos sus caracteres con maravillosa exactitud. ¡ Qué viva y luminosa inteligencia ! pero también ¡ qué imaginación tan ardiente ! Le temblaban tanto las manos, que le he dicho :

— ¡ Sangre fría ! ¡ Sangre fría ! Para levantar el velo de Isis se necesita una mano firme y segura...

He tenido que explicarle en dos palabras quién es Isis, lo cual le ha interesado medianamente... Su obra maestra, como fiel reproducción de la naturaleza, es el ranúnculo de los pantanos, que yo le había designado, en latín, bajo el nombre de *renoncula scelerata*. Ha representado con tanta verdad esas insignificantes florecitas amarillas, que es imposible dejar de admirarlas.

—Esta envenenadora me ha inspirado—dijo.—Á fuerza de tratar con el padre Alejo, he empezado á querer bien á los malvados!

Le reprendí severamente; pero mi algarada no le ha causado la menor emoción.

13 de Agosto.

La conducta del conde es atroz, y no obstante, la comprendo. Su orgullo, su carácter altanero, despótico, el horror de haber sido engañado!... Y por otra parte, ¿es verdaderamente el padre de Esteban?... Esos dos niños nacidos á los seis años de matrimonio, y descubrir algunos años después... Sospechas hay menos fundadas. Y luégo, esa fatal semejanza que le pone siempre ante la vista la imagen de la infiel aborrecida!... Á medida que se ha ido pronunciando más esa semejanza, el odio ha debido acrecentarse... La misma sonrisa, esa sonrisa extraña peculiar suya si debo creer al padre Alejo, Esteban la ha heredado de su madre... ¡He enterrado la sonrisa! Grito espantoso que aún resuena en mis oídos!... Por lo demás, en el bárbaro odio de ese padre, creo traslucir más instinto que sistema; vive al día. Tengo la convicción de que el conde Kostia jamás se ha preguntado: ¿Qué haré de mi hijo cuando tenga veinte años?...

14 de Agosto.

Iván, á quien he pedido noticias de Esteban, me ha contestado:

—No os apuréis por él. Hace un mes que se encuentra mucho mejor, cada día se vuelve más tratable; ved ahí el resultado de haber visto de cerca la muerte...

15 de Agosto.

M. Lemnof me ha dejado atónito esta mañana.

—Querido Gilberto—me ha dicho así, á quema ropa—no me conceptúo hombre perfecto, pero soy, seguramente, lo que se llama un buen hombre y poseo cierta delicadeza de conciencia que me incomoda algunas veces. Sin cumplidos, querido Gilberto, sois un hombre de mucho mérito. Pues bien! os estoy explotando indignamente, porque os halláis en edad de crearos un nombre y una carrera; estos años decisivos del porvenir, los empleáis trabajando para mí, acopiando, como un albañil, materiales para una obra que no os reportará gloria ni provecho. Voy á haceros una proposición. Sed mi colaborador: compondremos juntos esa obra monumental, que aparecerá con nuestros dos nombres, y ¡os lo juro! el mío ha de proporcionaros celebridad. Estamos de acuerdo sobre casi todas las cuestiones de hecho, y por lo que toca á nuestras discusiones, ¡Dios mío! Ni uno ni otro nacimos egoístas; acabaremos por entendernos, y suponiendo que nos entendiéramos, os daré carta blanca, porque, hablando con franqueza, no pretendo morir por una idea. ¿Que decís á eso, querido Gilberto? No nos separaremos hasta que nuestra tarea esté terminada, y confío en que pasaremos juntos muy buena vida.

Á pesar de sus instancias, no he asentido; sólo ha alcanzado de mí la promesa de que le contestaría antes de un mes... ¡Esteban, Esteban, muy torpe he de ser si no consigo que este feliz incidente influya en provecho de tu libertad! Sí, día llegará en que me sea dado decir á tu padre: «En nombre de vuestra salud, de vuestro reposo, de vuestros estudios, que reclaman toda la posible liber-

tad de espíritu, en nombre de la obra común que hemos emprendido, alejad de vuestra casa á ese niño cuya vista os aflige y os irrita! ¡Enviadle á un colegio!... De un solo golpe haréis felices á dos personas...» ¡Justo cielo! ¡Cuán difícil será poner sitio á esa fortaleza!... Pero á fuerza de paciencia, de habilidad, de vigilante atención... ¿No he conseguido ya dar el asalto á un campo atrincherado... al corazón de Esteban? No, no deseo alcanzar la victoria... Y sin embargo, ¡cuán caro me costará conseguir el éxito que tanto me halaga! Verle salir de esta casa, separarme de él para siempre!... Ante esta idea, desfallece mi corazón...

16 de Agosto.

El doctor Vladimiro partirá á principios del mes próximo. Me alegro, porque decididamente ese hombre me disgusta en alto grado. El otro día, estando en la mesa, miraba á Esteban con unos ojos que me daba miedo.

17 de Agosto.

¿Qué pasa en el corazón de Esteban? Estoy contento de él bajo todos conceptos. Primero, porque me quiere mucho; luego porque trabaja, y le interesa cada día más su herbario. Su inteligencia se abre y se dilata visiblemente: ¡qué florescencia tan encantadora!... pero á veces le tortura secreta inquietud cuya causa me oculta... El otro día, viéndole estremecerse súbitamente, le dije:

—¿Qué tenéis?

Contestóme pasándose la mano por la frente:

—Nada. Hablemos de ranúnculos, de genciana, de anémonas...

18 de Agosto.

El cielo se muestra propicio á mis excursiones nocturnas. No ha caído ni una gota de lluvia hace seis semanas.

El viento norte, que sopla á veces con violencia durante el día, calma por lo común á la caída de la tarde. En cuanto al vértigo, no hay que hablar. ¡Oh poder de la costumbre!

19 de Agosto.

¡Qué desgracia! Anteayer, al atravesar Esteban el vestíbulo que precede al comedor, ha soltado, no sé á causa de qué, una carcajada. El conde se ha puesto lívido y ha dado un brinco en la silla. Hoy ha vendido el caballo, y en este momento se lo lleva un chalán. Iván, á quien acabo de encontrar, tenía los ojos arrasados en lágrimas. ¡Pobre Esteban! ¿qué dirá de esto?

20 de Agosto.

¡Cosa extraña! Creí ayer que le encontraría entregado á la desesperación. Al contrario, estaba alegre y risueño.

—Estaba seguro—me ha dicho—de que pagaría cara mi fatal carcajada. Mi padre se ha equivocado; no era risa de contento, sino una convulsión nerviosa que me ha sobrecogido pensando en ciertas cosas y en un momento en que no sentía la menor alegría... Por lo demás, exceptuando la vida, no podía quitarme sino dos cosas, mi caballo y mi caballo, y ¡loado sea Dios! no ha estado inspirado en la elección, porque no ha descargado el golpe en la parte más sensible.

—¡Cómo! entre Solimán y vuestros cabellos!

—¿Pues qué? ¿no son hermosos?—me ha dicho con viveza.

—¡Indudablemente son magníficos!—le he contestado sonriendo.

—¡Siempre me he sentido orgulloso de ellos!—replicó, haciéndolos flotar por encima de sus hombros—pero los quiero mucho más desde que sé que os agradan.

—¡Oh! en cuanto á eso—le repliqué— aunque tuviérais la cabeza rasa, no por eso os quisiera menos...

Esta contestación, no sé por qué, le ha herido en lo vivo. Durante el resto de la velada, ha estado inquieto y sombrío.

23 de Agosto.

¿Qué le pasa á Esteban? Parece que está más resignado con su suerte; ya no se queja de Iván, ni de su padre; supone que no echará de menos los largos paseos á caballo que daba dos veces por semana á través de los bosques; en una palabra, afecta una indiferencia pasmosa por todo cuanto apasionaba y agitaba su corazón. No obstante, es víctima de perplejidades que me asustan. Creo adivinar que sus miradas me dirigen mudas reprensiones. Parece decirme:

«¡Mi tristeza actual la causas tú, mi amigo, mi consuelo!...»

¡Bah! ¡qué capricho, qué locura!... Conseguiré hacérselo confesar...

25 de Agosto.

He creído conveniente enterarle de las proposiciones que me hizo su padre, y del proyecto que me han sugerido. Le he dicho:

—¡Cuál no sería mi gozo arrancándoos de esta prisión, y sin embargo, cuánta tristeza me causaría! Pero á cualquier punto donde os trasladarais, hallaríamos medio de escribimos y volvernos á ver. La amistad que reina entre nosotros no es un lazo que pueda romper el destino...

—¡Oh! sí—me ha contestado en tono sarcástico— iréis á verme una vez al año, el día de mi santo, y tendréis buen cuidado de llevarme un ramo de flores...

Y después ha prorrumpido en una carcajada muy semejante á la del otro día.

30 de Agosto.

¡Cuánto me hizo sufrir ayer! ¡Todavía no me he re-  
puesto! ¡Cómo! Es él... á mí... ¡Dios mío! ¡qué amargura de lenguaje! ¡qué ironía tan áspera!... Conde Kostia, os engaáis, ese hijo es bien vuestro; concedo que tenga la fisonomía y la sonrisa de su madre, pero en su alma hay algo de la vuestra... ¿Qué motivos de queja puede tener de mí? No adivino más que dos. El domingo último, serían las tres de la tarde, cuando nos asomamos los dos á la ventana. Me dirigió por señas un discurso muy animado y muy largo, infringiendo las reglas de prudencia que le había prescrito. Según creo, me hablaba de Solimán y de un paseo á pié que no había querido dar en compañía de Iván. Yo le prestaba una atención algo vaga, preocupado en buscar con la vista si álguien podía observarnos. De pronto, divisé á la extremidad del otero, sentado en una roca, al gigantesco Fritz y á la cabrerita á quien galantea. En el momento en que me disponía á contestar á Esteban, han levantado los ojos hacia mí. Me he puesto á mirar el paisaje, y á poco me he retirado. Desde su ventana Esteban no podía verlos y por lo tanto no puede haber comprendido el motivo de mi retirada... Otra queja. Por vez primera, he estado más de tres días sin ir á verle, pero el viento era tan violento que ha derribado una chimenea muy cerca de aquí... y para castigarme de tan gran crimen se ha permitido decirme que indudablemente yo soy un gran botánico, un filántropo sin igual, pero que no entendía pizca en asunto de *delicadezas del sentimiento*. Y luégo:

—Sois uno de esos hombres que aman á todo el mundo. Por más que digáis, estoy seguro de que á lo menos tenéis un centenar de amigos íntimos!

—Tenéis razón—le he replicado— precisamente son ciento los prójimos por quienes he arriesgado mi vida...

Dicho esto, ha vuelto á su infernal jerigonza sobre el

suicidio. Le he suplicado diez veces á lo menos que dejáramos tan odiosa conversación; pero ¡ con qué insistencia persistía en ella! No hablaba más que de láudano, de morfina, de arsénico, afectando consultarme con viva curiosidad sobre las propiedades de toda especie de venenos.

—Cuando uno quiere despacharse en regla, decía, lo mejor es el veneno, y conozco á alguien que se atenderá á él.

Luégo, cogiendo entre sus manos una flor de beleño que estaba sobre la mesa:

—¡Qué hermosa me parece tu fealdad!—dijo—pero si quieres saber lo que me agrada más en ti, es que tu pecho está henchido de veneno y que tu faz es lívida y repugnante como la muerte!...

Le he arrancado de las manos aquella malhadada planta, y después de haberla arrojado por la ventana, me he marchado sin decirle adiós... En verdad, siempre tuve para mí que era más apasionado que sensible; pero ¿no será más que apasionado? ó bien, aunque lo oculte, la pérdida de su querido alazán...

31 de Agosto.

Era injusto con él. Su corazón es desigual, tempestuoso, sujeto á enfadosas reincidencias de desconfianza y de incredulidad; pero es un corazón, al fin! Anoche, á pesar de la tormenta, á pesar de mi firme resolución de permanecer algunos días sin volverle á ver, no he podido contenerme y he salido. El viaje no ha sido fácil; la lluvia y el viento pegaban los cabellos á mi rostro; el aire exhalaba fúnebres quejidos y las vigas del tejado retemblaban y crugían á mi paso... Por fin, he llegado. ¡Qué grito de alegría y de espanto ha lanzado al verme! ¡Con qué afectuoso ímpetu ha cogido mis manos entre las suyas! ¡Cómo se pintaba el arrepentimiento en su rostro, y con qué efusión vivísima me abrió su corazón!... No le he

pedido explicaciones: les tengo horror, y hay muchos casos en que el silencio es el mejor intérprete de las almas. Le he dejado sentarse en el suelo, con la cabeza apoyada en mis rodillas; ha permanecido cerca de una hora en esta postura, sin despegar los labios, con los ojos cerrados mientras la lluvia azotaba fuertemente los vidrios de la ventana y la aulladora jauría de los vientos paseaba sus furores en la noche sombría. Cuando se levantó:

—Estos son los momentos más felices que he pasado en este mundo.

Lo que ha turbado singularmente su felicidad, es que á media noche, cuando me disponía á partir, ha arreciado la terrible tormenta. El pobre niño ha palidecido de angustia.

—Bien castigado estáis, le he dicho; esto os enseñará á no agriar con molestos arranques de mal humor el santo y bello sentimiento de la amistad...

En el momento en que acababa de subir mi escalera colgante, sacudida por el viento, cuando en pié sobre mi estrecho balcón me disponía á retirarla, se ha abierto el cielo, me he sentido casi azotado por un inflamado torbellino, y á treinta pasos de mí, cayó el rayo con horrisono estruendo sobre la copa de un gigantesco árbol. ¿Cómo no he caído? lo ignoro todavía. Lo que sí sé, es que he entrado en mi aposento calado hasta los huesos, pero lleno de gozo el corazón.

7 de Setiembre.

Durante estos últimos ocho días, le he visto tres veces. No me ha dirigido la menor queja: trabaja y reflexiona; su criterio se forma; no tiene un momento de mal humor; está tranquilo, dócil, blando como un corderillo... Pero ese mismo exceso de dulzura me inquieta. Algo observo en su estado que, á la verdad, no me parece natural, y me veo reducido á deplorar los arrebatos, las niñadas á cuya curación

me dedicaba... Esteban, no sois el mismo. Poco há, vuestros piés no tocaban al suelo; vivo, brusco, ardiente, salían á veces de vuestros labios torrentes de cólera ó de alegría, y en un instante pasabais de la desesperación al entusiasmo; pero, en nuestras últimas entrevistas, no os reconozco. Ya no sois un muchacho revoltoso, ya no usáis conmigo aquellas familiaridades que me hechizaban! Vuestras mismas miradas, al encontrarse con las mías, parecen algo vacilantes; á veces flotan inciertas al rededor de mí, y al ver la admiración que se pinta en ellas, véome inducido á pensar que de repente habré crecido tanto que no podéis abarcarme con una sola mirada... Luégo, esos suspiros que exhaláis... Y, sin embargo, ya no os quejáis de nada, vuestro destino parece seros indiferente... Tal vez sin que yo lo sepa... ¡Ah! desgraciado niño! quiero saber... hablarás, me dirás...

10 de Setiembre.

¡Justo cielo! ¡qué rayo de luz! ¡Padre Alejo, no me lo habíais dicho todo!... ¡Cuánto más pienso en ello!... ¡Ah! ¡Gilberto, qué venda cubría tus ojos!... Ayer le presenté la copia del poema de las *Metamorfosis* que le había ofrecido. Algunos fragmentos que le había recitado, le inspiraron deseos de leer toda la obra; pero no en el libro, sino transcrita por mi mano... La leíamos juntos, dístico por dístico. Yo la traducía, explicaba y comentaba. Cuando llegamos á estos versos: «Acuérdate, sólo, de que el lazo que unió nuestras almas fué un germen del que nació con el tiempo encantador y dulce hábito y en breve la amistad reveló su poder á nuestros corazones, hasta que el amor, llegando el postrero, la coronó de flores y frutos...» Al leer estas palabras, sintió un estremecimiento.

—¡No pasemos adelante!—me dijo rechazando el libro lejos de él.—¡Basta de poesía por esta noche!... Y, apoyándose de codos sobre la mesa, abrió y hojeó su herba-

rio; pero sus miradas y sus pensamientos estaban en otra parte. Se levanta de repente, da algunos pasos por el aposento y luégo, volviéndose hacia mí:

—¿También vos pensáis que la amistad puede llegar á convertirse en amor?

—Goethe lo asegura, y hay que creerlo.

Cogió una flor de encima de la mesa, la contempló un instante y dejándola caer al suelo:

—¡Soy un ignorante!—murmuró bajando los ojos.—Decidme ¿qué es el amor?

—Es la locura de la amistad.

—¿Habéis estado loco alguna vez?

—No, y creo no estarlo jamás.

Permaneció un minuto inmóvil, con los brazos caídos; al fin, alzándolos lentamente, y con un movimiento que le es peculiar, cruzando las manos por encima de la cabeza, levantó los ojos del suelo, y me miró fijamente... ¡Qué expresión tan extraña! La vista extraviada, una sonrisa triste y misteriosa vagando por sus labios, su boca deseando hablar y faltándole la voz... Desde ayer noche, tengo siempre aquel rostro ante mis ojos, me persigue, me asedia, en este mismo instante veo su imagen impresa en el papel en que escribo... Esa túnica de terciopelo negro, ¿sería acaso un disfraz forzado? Sí, el carácter de Esteban, su alma, las extravagancias de su conducta, todo cuanto me admiraba y me asustaba, no hay nada que no me explique en este momento... ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¿qué has hecho? en qué abismo... Y sin embargo, tal vez me equivoco, porque al fin ¿cómo creer?... Oigo la campana que nos llama á comer... ¡Voy á volverle á ver! Tiemblo, siento en mí... ¡Pobre corazón mio atormentado! ¡oculta á lo menos tu perturbación á los demás!